¿El siglo de China?

«El sistema bancario chino no es muy sofisticado y podría verse afectado muy seriamente si se produce una ralentización económica»

Se ha convertido ya en un tópico hablar de China como la superpotencia del siglo XXI. Antes de que termine esta década, se convertirá en la mayor economía del mundo en términos de PIB. Ya es la mayor potencia comercial del mundo y cuenta con las mayores reservas de divisas. Al mismo tiempo, Estados Unidos, Europa y Japón se enfrentan a un período de escaso crecimiento económico y problemas fiscales.

El auge económico y financiero de China, sin embargo, no implica que se convierta en la potencia dominante en el mundo. Existen varias razones para ello. En primer lugar, China se enfrenta a una serie de retos económicos, políticos y sociales. Por ejemplo, su tasa de crecimiento puede verse afectada por una explosión incontrolada de la burbuja inmobiliaria y por los problemas medioambientales. El sistema bancario no es muy sofisticado y podría verse afectado muy seriamente si se produce una ralentización económica. Los problemas políticos son graves. Dos terceras partes del territorio chino están habitados por grupos étnicos que preferirían más autonomía e, incluso, la independencia: Tibet y las provincias de Asia central. La legitimidad del Partido Comunista depende no solamente de un crecimiento económico sostenido, sino también de una mejor distribución de la riqueza y una extensión de la bonanza económica más allá de las zonas costeras. El problema medioambiental en China es multidimensional: entraña la calidad del aire, las pérdidas de biodiversidad, la desertificación, la pérdida de cosechas y los desastres naturales causados por el crecimiento descontrolado.

China es, además, un país geoestratégicamente encajonado. Todos sus vecinos -Japón, Corea del Sur, Filipinas, Vietnam, Camboya, India y Rusia- ven con recelo y temor el resurgir de la mayor economía del planeta. Se trata de países grandes y algunos de ellos ricos y poderosos. China tiene disputas territoriales con todos ellos. Curiosamente, salvo Rusia y Camboya, todos han gravitado hacia Estados Unidos en busca de un contrapeso en la región. Todo ello queda agravado con la dependencia china de materias primas y energía del exterior. Es de sobra conocido que Estados Unidos en el Pacífico e India en el Índico podrían obstaculizar fácilmente los suministros a China.

Otro punto importante es que China no está en condiciones de proyectar su poder mucho más allá de sus costas. Carece de los medios militares y diplomáticos para hacerse respetar, aunque su músculo financiero es considerable. Tampoco puede China esgrimir mucho poder «blando», es decir, cultural o ideológico. Aunque posee una cultura milenaria, no tiene la influencia que Estados Unidos o Europa ejercen sobre el resto del mundo a través de sus productos y servicios culturales.

Los expertos chinos en política exterior comparten este análisis de las fortalezas y las debilidades de su país en el contexto global. Aunque entre ellos se encuentran algunos nacionalistas a ultranza que quieren hacer valer en el mundo su nuevo poderío económico-financiero, la mayoría proponen una política exterior enfocada en la defensa de los intereses económicos chinos con vistas a continuar el proceso de desarrollo económico y social dentro de su país, sin, en ningún caso, pretender convertirse en una superpotencia global. Evidentemente, esta postura podría interpretarse como una fase transitoria hasta que China disponga de los medios para proyectar su influencia de una manera más firme.

Mientras tanto, conviene plantearse la relación de Estados Unidos y Europa con el gigante asiático en términos pragmáticos. La mejor manera de garantizar un futuro pacífico en esa relación es convencer a China de que participe activamente en los foros multilaterales y que se adhiera a las propuestas y programas que de ellos emanen. También conviene seguir promoviendo la defensa de los derechos humanos, que sentarán las bases para una democratización. El objetivo bien podría ser conseguir una China rica y democrática para el año 2050 ::

Mauro F. Guillén es director del Lauder Institute y catedrático de Dirección Internacional de la Empresa en la Wharton School, así como miembro del Consejo Académico de Afi Escuela de Finanzas Aplicadas.
E-mail: guillen@wharton.upenn.edu